

¿Qué hacemos?

¡Se publicó al fin el decreto que ha tenido meses enteros a la opinión desasegada, inquieta, esperando una sola palabra para lanzarse a una fiera pelea contra los hombres y partidos empeñados en arrancar del corazón de los niños la idea de Dios!

De nada han valido las protestas de todo el Episcopado, de todo el Magisterio español, de las madres, de la nación entera. Amenguado viene el radical propósito de aquellos consejeros de Instrucción Pública que, por boca del propio señor Vincenti en *El Imparcial*, no saben lo que votan, porque se rinden y duermen en las sesiones. Pero aún así, barrenado queda el precepto de la Constitución, burlada la ley que es terminante, hollado el convenio con la Santa Sede. Se nos pidió mesura en el ataque. Todo el mayor trabajo de los que se pusieron al frente de este colosal movimiento de protesta ha sido precisamente el de contener a las masas católicas, el de encerrar su indignación santa dentro del marco de la legalidad, sin sabiendo por triste experiencia que vivimos en un país donde sólo consiguen el triunfo los que gritan, los que amenazan, los que llevan cuarenta años hablando de barricadas y de revolución, que nunca llegan, porque justamente en no llegar nunca está el secreto de estos éxitos fáciles de las extremas izquierdas, dueñas y señoras del régimen. Lo dijo el señor Maura, que conoce el paño. ¿De qué nos ha servido? ¿De nada! El decreto, tal como lo anunció el conde de Romanones, fue sancionado. El primer paso está dado. Y aprendido el cómodo camino de que el Poder ejecutivo substituya al legislativo, y que las leyes que votan las Cortes estén a merced del primer sectario que se encarama a un ministerio, podemos dar por perdida nuestra causa, si es que han de seguir siendo de algodón las balas de nuestra artillería, y lo hemos de reducir todo a molestar a los ordenanzas de Telégrafos, que son las únicas víctimas de estas manifestaciones por hilo, en que tan prodigios nos estamos haciendo los católicos. Mientras no pasemos de telegrafiar, por enérgicos, por contundentes que sean y caros que nos cuesten los argumentos y protestas, se perderán en la carpeta del secretario del ministerio encargado de abrir la correspondencia.

A estos Gobiernos sólo les inquieta ver a los hombres en la calle reclamando su derecho, el derecho de los niños, el mayor, el más santo, el más simpático de los derechos, con la virilidad y la energía que reclaman a voces el sexo y el hartazgo de arbitrariedades, vejá-

menes y asaltos a nuestras creencias, que valen más que la vida misma, y no pueden ni deben estar a merced de las nulidades políticas que desde la Restauración acá se van defendiendo de la fiera, una fiera sin dientes y en los huesos, con tiras de nuestra piel. Es hora de que nos detengamos a pensar seriamente si nuestra triste misión de conejos de experimentación en estos laboratorios de la masonería universal debe terminar de una vez y para siempre.

L. B.

Y apesar de todas las protestas, y apesar de tanto hablar y escribir, se ha publicado el R. D. sobre la enseñanza del Catecismo, contra el deseo de la inmensa mayoría de la nación.

Un rey antiliberal no hubiera firmado tal decreto.

Paráfrasis del Salmo II; Quore fremuerunt gentes...

¿Porqué así se enfurecieron los gentiles que de modos tan extraños se han turbado, y los pueblos de Israel desiguales viles con insólita crueldad han concertado?

Levantáronse los reyes de la tierra con aladas de fieras asaz ímpios, decretando a Dios y a Cristo hacer la guerra aliados con los príncipes judíos.

Pues que duras son, están de oprobio llenas, y no es justo que se impongan a los reyes, quebrantemos, exclamaron, sus cadenas, el gran yugo sacudamos de sus leyes.

Pero. Aquel que en lo más alto de los cielos tiene fija desde siempre su morada, se reirá y burlará de ellos, sus anhelos, reduciendo en dos instantes a la nada.

Cuando llegue el día grande de sus iras que ya El tiene de antemano decretado, les hará sentir su enojo, y sus mentiras disipará, porque sufran, indignado.

Y, sabed, les dirá entonces el Ungido, que Yo soy aquel a quien el Padre puso sobre el monte de Sión por Rey querido para predicar su ley, como El dispuso.

Este es el decreto en que mi padre dijo en amores profundos abismados:

«Eres Tú, Tú eres mi Unigénito Hijo, y Yo en este mismo día te he engendrado.»

«Pídeme, pídemelo así cuanto quisiere; que todo lo que daré al Omnipotencia; las naciones, de un cabo u otro, si pidiere, serán ya tu posesión, tu propia herencia.»

«De tu imperio al sistemático enemigo gobiérnate con rigor tu gran Justicia; cual frágil vaso trítárele en castigo a quien intente atacarte, con revicia.»

Por lo tanto, reyes todos de la tierra, atended, y abandonad vuestros furoros; aprended, de esa divina voz que aterra este mundo a dirigir, los superiores.

De su grande majestad nunca alejados, con temor servid a Dios en noche y día, y a todas horas es el regocijo lleno esté el corazón vuestro de alegría.

Renunciando a prepararle ya asechanzas, los preceptos acatad de Cristo eterno, que enojado, si burláis sus enseñanzas, os sepultará el Señor en el infierno.

Pues cuando sus ojos se enciendan en ira, que va a ser muy pronto, tan sólo dichosos serán los que odiando la torpe mentira en El confesaron asaz temerosos.

A. ALFANQUE Y BLANCO.

No quisiera yo estar al servicio de un príncipe ateo; porque sin el menor escrúpulo me haría machacar el cráneo en un almirez, tan pronto como le conviniese.

VOLTAIN

¡Dios salve a España!

Una vez más la brutalidad de los hechos viene a confirmar la íntima relación que existe entre éstos y las ideas.

¡Libertad! ¡libertad! piden, exigen e imponen para todo los secuaces del liberalismo, tanto para el bien como para el mal, pero sobre todo para este último, los más por malicia, los menos por creer que con pasarlo la mano por el lomo se amansa la fiera revolucionaria.

En estos últimos tiempos se ha llegado al colmo del halago: Minorías revolucionarias—han gritado los liberales desde las alturas del poder—; ¿no os basta la libertad y el libertinaje que os concedemos? Pues pedid por esa bobala. Prestadnos salamente un poco de calor y de ayuda y tendréis cuanto apetezcáis. ¿Sois los menos?... Pues os consideraremos como si fuérais la inmensa mayoría. ¿Nuestros intelectuales se cuentan por los dedos? No importa, nos basta un centenar de medianías encumbradas mediante el favor para calificarlo de *Profesorado*, contra millares y millares de doctos profesores, contra claustros enteros, contra veinte o treinta mil maestros. ¿Contáis con algunas turbas que alboroten en cuatro grandes capitales? Es muy suficiente; esas turbas son para nosotros la opinión, contra la mayoría pacífica de esas mismas poblaciones y contra todo el pueblo español. ¿No os basta con que la masonería tenga vida legal y con la facultad de poder formar cuantas asociaciones sectarias tengáis por convenientes? ¿Os molesta que haya más asociaciones religiosas que antirreligiosas en el libre desenvolvimiento social? Pues ataremos corto a éstas, las condicionaremos, les haremos imposible la vida; para ellas y no para vosotros serán los candados. Si alguien intenta establecer leyes represoras contra el terrorismo nos oponeremos resueltamente al grito de ¡viva la libertad!; pero diremos que tenéis razón, que es excesivo el desarrollo alcanzado por las órdenes religiosas. No tendremos el cinismo de decir que un anarquista que difunde doctrinas destructoras es más respetable que un jesuita

que predica la caridad y estudia en un Observatorio, pero de hecho trataremos mejor al ácrata que al jesuita y que a la hermana de la Caridad. ¿Os lamentáis de que en España es ridículo pedir la libertad de cultos porque no hay disidentes y queréis a toda costa que los haya? Pues abiertas están de par en par las puertas a los judíos descendientes de los expulsados... Si lográis convencerlos, serán recibidos con mimos. Ya procuraremos que por cada judío que entre, salgan doscientos cristianos para América y por cada rabino que nos haga la merced de nacionalizarse en España, salgan diez fruiles...

Esta desdichada táctica, este tiránico proceder, este absurdo e ímpio sistema, es el que produce el anarquismo, última consecuencia del liberalismo.

¡Y a fe que se muestra agradecido! Reciente aún el atentado de que fué víctima el Sr. Canalejas, no obstante su política de condescendencias para con los sectarios y sus planes de persecución para con la Iglesia, surge otro anarquista que se rie de los sueltos oficiosos del *Diario Universal* y se lanza a cometer un crimen contra el Jefe de un Estado que usó de la regia prerrogativa de indulto, aun contra la opinión de un gabinete liberalísimo, a favor de revolucionarios de la peor especie.

Lucida, lucida va quedando la política de las condescendencias, de las transacciones, del acomodo...

De Canalejas se dijo que si hubiera sobrevivido al atentado, muy otra sería después su conducta.

Veá ahora el Monarca, que milagrosamente ha resultado ileso, si es este un axioma providencial. Véalo también el Conde de Romanones. Con llevar a a los republicanos a palacio, no se evitan ciertos atentados; ni se evitarán en lo sucesivo con que el Sr. Azcárate haya vuelto confundido con los ministros y con los señores Maura, Pidal, La Cierva y otros personajes.

Tales crímenes sólo se evitan oponiendo un dique a la divulgación de doctrinas disolventes y haciendo lo posible para que se forme la infancia y la juventud con el estudio del Catecismo.

La España de los apaches y de los bandidos trágicos y de la esterilidad, es la Francia sin Dios, es la Francia educada en las escuelas neutras.

Si hoy no cosechamos tantos frutos de perdición como en Francia, es porque la inmensa mayoría de nuestras escuelas son católicas; pero los Ferreres en libertad de acción han sembrado lo bastante para que también en España haya considerable recolección de atentados y crímenes anarquistas.

Ne es popular esa funestísima libertad que no merece tal nombre, porque